

Vacaciones especiales

Esas vacaciones iban a ser especiales.

No quise ir a la playa con mis amigos del instituto porque tenía que ir al pueblo, ese año quería ser danzante, no quería dejar pasar un año más.

Mi madre me había prometido hacer las enaguas con el vestido de su primera comunión, que también la hacía mucha ilusión, preparar la camisa y todo lo demás, tendría que pedir ayuda a alguna madre veterana en estos menesteres pues no solo vale con la ilusión, hay que tener cierta maestría.

Cuando llegué al pueblo, ya había cuatro danzantes del año anterior y otros cuatro lo dejaban por lo que me apunté y aún quedaban tres puestos libres, entonces tres chicas, entre ellas mi hermana, se apuntaron, rompiendo un poco esa tradición y actualizando los estereotipos de que solo era cosa de chicos.

Total, mi madre solo tenía un vestido de comunión para hacer las enaguas y como mi hermana lo había llevado en la suya pues decidió que esas serían para ella. Se tuvo que poner a buscar otras enaguas y se amontonó el trabajo de preparar dos trajes, se amontonó la ilusión de prepararlo todo y se amontonaron las manos de parientes y vecinas para ponerlo todo a punto.

Por las tardes a ensayar y por fin había chiborra. Mis nervios ya estaban a flor de piel y los de mi hermana ni os cuento, ya estaba todo preparado y yo me asomaba de vez en cuando a la sala a ver esas camisas llenas de cintas de colores y ese remusguillo que me entraba no os lo puedo describir.

Esecuatro